

158860
APR 6 730

EL CREPUSCULO.

PERIODICO LITERARIO Y CIENTIFICO.

N.º 1.

Santiago, 1.º de junio de 1843.

SUMARIO.

Prospecto—Filosofía, artículo primero—Imitacion de Lamartine—Hernani—Elena y Eduardo, leyenda Chilena—Jorje—Apólogo Oriental.

PROSPECTO.

No ha mucho tiempo que la prensa periódica en Chile era exclusivamente el teatro de la política, la expresion exajerada de las pasiones y conveniencia de los partidos que se disputaban la organizacion del Estado, y con todo ocupaba nuestra atencion de manera que ni aun sentiamos la necesidad de hacerla tomar otro curso ; pero era porque en ella veiamos representado el interes del momento, de un modo que halagaba o excitaba nuestra afecion de partido, nuestra opinion

LEYENDA CHILIANA.

ELENA Y EDUARDO.

DOMESTICA FACTA.

Hor.

1.
Era una tarde de mayo,
El sol coloraba apénas
De los Andes las cadenas
Con un moribundo rayo :

—
La fresca brisa olorosa
De la tarde ya mecía
Al árbol, y estremecía
A la balsámica rosa :

—
Cuando incauta paseaba
Por las hermosas laderas
Del pabellon de *Contreras*
Que a la ciudad dominaba,

—
Una jóven de hermosa
Peregrina, encantadora
Que con una tia, mora
En la vecina llanura.

—
Su infantil curiosidad
Procuraba comprender
Ese sublime placer
Que causa la oscuridad,

—
Cuando se pinta en Oriente
El destello agonizante
Del puro sol que radiante
Se sepulta en Occidente.

—
Sacudido por la brisa
Ondulaba su vestido,

Y con su dedo pulido
Su cabello hermoso alisa.

—
Su cintura contorneada,
De voluptuosa manera
Doblada está, y en la esfera
Tiene fija su mirada.

—
Inmóvil ella parece,
En un pensamiento absorta,
De los que la mente aborta
Cuando la niñez nos mece,

—
De esos dulces pensamientos
Que nos deleitan asaz,
Y que duran cuando mas
Algunos cortos momentos.

—
Embebecida su mente
En tan pintoresca escena,
No habia sentido Elena
A su primo que impaciente,

—
Por su tardanza asustado
Buscaba por el jardin
Al hermoso serafin
Objeto de su cuidado.

—
Al mirar Elena triste
A su primo que venia
De un reflejo de alegría
Su semblante se reviste.

—
Y avanzándose contenta

En busca de alguna rosa
A su Eduardo cariñosa
Sin titubear le presenta.

Eduardo que refrenar
Demuestra claro en lo inquieto
De su mirar un secreto
Que se empeña en ocultar,

A disimular no acierta
En su semblante encendido
La impresion que producido
Habia en él tal oferta.

Al cabo de corto rato,
Finjiendo serenidad,
Le pregunta a su beldad
De esta suerte con recato.

—“¿Qué esperas, prima, a esta
(hora,
En una tarde tan fria?
Con cuidado está mi tia
Por tu indiscreta demora.”

—“Ah! Eduardo, ¡cómo sien-
(to,
(Elena exclamó ajitada)
Que de tu marcha malvada
Ya se llega el cruel momento!

Meditando estaba en eso,
Con amargo sinsabor,
Porque tú formas mi amor,
Mi placer y mi embeleso.

¿El deseo de la gloria
Puede mas, Eduardo, en tí,
Que el separarte de mí
Borrando así mi memoria?

—
¡Ingrato!—¡por qué juraste
Un amor tan decidido

A Elena, si fementido
Preparabas tal contraste?

—
¿Y quién, que hubiese una vez
Visto tu cuerpo gallardo,
Habria dicho, ¡ai! Eduardo,
Que ocultabas tal doblez?

—
¿Piensas que el nombre de
(fuerte
Que laureles se granjea
El militar que pelea
Por encontrar pronta muerte?

—
¿Y crees tú que en la batalla
Cubra su nombre de fama,
El soldado que derrama
Sangre por una medalla:

—
Si con su muerte sin fruto,
Con su fama y su oropel,
La madre y esposa fiel
Anega en perpetuo luto?

—
—Perdon, Elena, perdon,
A ser distinto mi estado,
Te probara lo angustiado
De este triste corazon.

—
Piensas tú que yo combata
Por conseguir los laureles,
Los postizos oropeles
Que el militar se rescata?

—
¿Crees, Elena, por ventura,
Que cubriéndome de honor
Olvidara yo tu amor,
O tu funesta hermosura?

—
¿Pluguiera al cielo! que así
Consiguiera yo un reposo :
Seria quizás dichoso
Olvidándome de tí?

Mas . . . bien sabes que im-
(posible

Es olvidar tu presencia
A aquel que la Omnipotencia
Dotó de un pecho sensible.

—
Aquí, sí, en mi corazón,
Llevo con fuego grabada,
Esa tu tez encarnada
Que encendiera mi pasión.

—
Mañana partiré yo,
Como todo ciudadano,
A sepultar al tirano,
Que mi patria pisoteó.

—
Mañana ya esta ciudad
Flamear verá en toda parte,
El tricolor estandarte,
Insignia de libertad.

Entretanto, mi querida,
Mientras me ausenta el honor,
Suplica a Dios con fervor
Que me conserve la vida.

—
Entonces, si, vencedores,
Por los laureles sombreados,
Veremos pues coronados
Nuestros sinceros amores.

—
Entonces pisan'do un suelo
En que reine la igualdad,
A tu lado yo mi edad
Pasaré como en el cielo.

—
No llores pues mi paloma,
En el Supremo confía
Mas silencio que mi tía
En el pabellon ya asoma.

(Continuará.)

J. Bello.

JORJE.

✠.

UN BAILE.

Era una noche de enero, la luna con su faz de plata brillaba en un cielo azul tachonado de estrellas, sus rayos melancólicos caían sobre las murallas de una casa de campo y las daba un color pálido. ¡Que melancolia tan grata produce en el alma la vista de la luna! como meditamos cuando estamos en la soledad sin oír otro sonido que el del viento, sin ver otros objetos que los alumbrados por la antorcha de la noche! Entonces pensamos y los pensamientos se suceden con la rapidez del norte que sopla en la tormenta, entonces sentimos lo que nunca habíamos

LEYENDA CHILENA.

ELENA Y EDUARDO.

DOMESTICA FACTA.

Hor.

[Continuacion.]

II.

Era la tia una mujer adusta,
Que rayaba ya en mas de los cuarenta,
De estatura elevada y corpulenta,
De colorada tez y bien robusta.

En las arrugas de su vieja frente
Oculto un pensamiento se divisa,
Y en miles de proyectos indecisa
Parece que se muestra de repente.

En su marmóreo pecho hále esculpido,
Una esperiencia por la edad formada,
Un carácter resuelto y sostenido
Y una alma a la desgracia acostumbrada.

Y de sus ojos la espresion patente
Revela siempre un corazon de roca,
Que al *qué dirán* embiste frente a frente,
Y a personal combate le provoca.

Sentada a la oracion en su poltrona,
Con un flojo ademan y faz serena,
En su mente las frases amontona
Para enojarse con la linda Elena.

Entró por fin a la pieza
Elena triste y temblando,
Y en su temor ostentando
Su peregrina belleza.

La tía que a la contienda
 Estaba ya prevenida,
 Le dirigió enfurecida
 Una fuerte reprimenda:

Y Elena para que diese
 A su reto un armisticio,
 En medio de su bullicio
 Se ausentó sin que la viese.

Dejando Eduardo pasar
 La furia un poco a la tía,
 Con prudencia y cortesía
 Así comenzóla a hablar:

—Yo, señora, necesito
 De tu estimable bondad,
 Para que tu autoridad
 Sancione lo que medito.

Antes de partirme quiero
 Que tu des la aprobacion
 Al fuego imperecedero
 Que abriga mi corazón.

—Bien, Eduardo, si mañana
 A esa guerra de Luzbel
 Te tocan en el cuartel
 Para que marches la diana.

Si se ha ido ya tu prima,
 Y tienes algunas cuitas,
 Dí que es lo que solicitas
 De una tía que te estima.

—Has, señora, de saber
 Que en mi corazón existe
 Una beldad que reviste
 Mi existencia de placer.

Su presencia es un conjunto
 Que su beldad perfecciona,

Me enamora su persona
Que es de las gracias trasunto.

Sus cualidades morales
Omito en mi descripción,
Que cual su persona son
Tan buenas y tan cabales.

A todas horas su estrella
Arreboja mi semblante,
La tengo siempre delante
Y sueño siempre con ella.

La que mi vida encadena
Ultimamente, señora,
La que el corazón adora
Es la amable y linda Elena

Mui de nuevo me ha tomado
El amor que me revelas,
Pues mis ojos centinelas
Tu conducta han observado.

Pero en una edad tan tierna
No es extraño que el destino,
Equivoque su camino,
Apagada la linterna,

Con que el término divisa
De su marcha presurosa :
¡Solo me produce risa
Tu calentura amorosa!

¡Por errado testimonio
Te habrán informado acaso
Que es un acertado paso
El contraer matrimonio?

Por divertirse a tu costa
Te habrá dicho algún travieso,
Que es un paso ácia el progreso
El casarse por la posta?

No, no lo pienses, sobrino,
 El que su vida maltrate
 Haciendo tal disparate,
 Sostengo que es un pollino.

Yo víctima por mi error,
 Fuí una vez de ese estado,
 Casando mal de mi gradou
 Con el padre de tu amor.

No me fué mui bien con él,
 Y por eso no te asombre
 Que, mejor que con un hombre,
 Me casara con Luzbel.

¿Y no te causa a ti ascos
 El matrimonio, sobrino?
 Como has podido los cascos
 Calentarte no adivino.

¿Ser casado te acomoda?
 ¿No quieres quedar soltero?
 Y entónces con qué dinero
 Piensas ajustar la boda?

—Tu reflexion me da grimá:
 Me asustas, señora, mucho:
 ¿Quién piensa en hacer cartuchero
 Si el enemigo está encima?

¿Por ventura no es bastante
 La mitad del capital,
 Que quizás en este instante
 Te adjudica el tribunal?

¿Y por qué motivo dices
 Que el dinero es necesario
 Para que seamos felices
 En un rincón solitario,

Donde apenas hoí se trata
 Un Marques de mala pasta

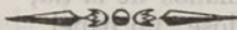
Cuya fortuna, en subasta,
Por sus deudas se remata?

Soi jóven, y con mi empeño
Si me protege la suerte,
De una propina mui fuerte
Haréte en breve dueño.

Quizá a la vuelta de un mes,
Si mi ilusion no es quimera,
Una honrosa charretera
Depositaré a tus pies.

—Pues entónces adalid,
Réaliza tu esperanza:
Apróntate sin tardanza
Para partir a la lid.

Y si vuelves con tu fé,
Y si tu prima aun te ama. . . .
Pero, silencio! ¿quién llama
A esa puerta? . . . asomaté.



Un fornido Marques en quien los años
Han dejado al pasar ciertas señales,
Era quien daba golpes tan fatales
Al buen Eduardo y su inocente amor.

Con risueño semblante se introduce
En la pieza, y dejando su sombrero,
Se inclina a doña Mónica primero
Con ademan y parecer señor.

Y a Eduardo divisando, con desprecio
Saludalé, y en fatigada plática,
Con una voz cascada y casi hasmática
A charlar con la tia comenzó.

Cualquiera al divisar la su fachenda
Hubiera conocido en su individuo,
Un menguado y raquíptico residuo
De nobles que la edad apolilló.

De esos hombres que en viejos pergaminos
Cifran y fundan un orgullo vano,
Prosélitos serviles del tirano
A quien adoran cual celeste ser.

El Marques es amante del gobierno
Que mejor asegure su fortuna,
Y en su manera de vivir aduna
De cuanta usanza goda puede haber.

De hito en hito el soldado contemplaba
La grotesca persona que indispuso
Su tierna dicha, y entre sí confuso
Ansiaba ver de su visita el fin.

El bueno del Marques siempre impasible
En su poltrona se estendia tiezo,
Y dejando asomar algun bostezo
Miraba con desprecio al paladin.

Tardó como hora y media en su visita,
Y a retirarse ya se apercibia,
Cuando dejó en las manos de la tia,
De Eduardo ocultándose, un papel.

Y recio pronunciando, "buenas noches,"
Se alejó sin decir alguna cosa,
Dejando a doña Mónica curiosa
Y triste y cabizbajo al buen doncel.

—Eduardo, mucho contento
Debes llevar al partir,
Si te digo lo que encierra
Esta esquela pare tí.

—Leed, señora, y veremos
Que esperanza un infeliz,
Puede llevar a la guerra
Dejando su vida aquí.

—El buen Marques capitán
Ya te nombra

—¿Qué decis?

—Ya mi Elena a quien el llama
El hermoso serafin,
Por mujer la solicita
¡Habría suerte mas feliz!

—Al ver la primera cláusula,
Que continnaba, infer ,
Una condicion penosa
Y digna de un hombre ruin.
De un Marques que cifra solo
En títulos baladis,
Un intolerable orgullo,
Y una conducta servil,
Una accion algo laudable
Nunca posible creó,
¿Con qué títulos ese hombre

A Elena osa pedir?
¿A una paloma tan pura,
A un tan lindo serafin,
Un español miserable,
Infame, menguado y vil,
Cómo se atreve, señora,
Nunca a esperarla de t ?

—Nada de aqueso te atañe
A t , Eduardo : s  feliz,
Que de mi Elena la suerte
Me importa tan solo a mí.

—¿Y que piensas contestar
En tal caso, tia, d ?

—Que consiento : ¿qué otra cosa
Pudiera al Marques decir?

—¿Por Dios! señora, por Dios,
¿Qué intentais?

—Hacer asi

La felicidad de Elena
—Imposible, ella a mí
Como bien conoces me ama.
—¿Calentura juvenil!
—Pero, señora, mirad. . . .
Ello es, Eduardo, por fin,

Que he resuelto concederla
Ha tiempo al Marques ¿lo ois?

Instó Eduardo, pero envano,
Porque la tia condena
A la desgraciada Elena
A unirse con el Marques.
Nada pudo conseguir,
Y todas sus ilusiones
En moribundos tisonos
Se tornaron esta vez.

Corrió a su puerta el cerrojo
La tia, y en su contento
Fabrica su pensamiento
Castillos aéreos mil.

A la hora su cabeza
Sobre la almohada dormita,
Y en el velador se ajita
Agonizante el candil.

Triste Eduardo, en su retrete
Se pasea sin consuelo,
Cubierta su alma de duelo
Y agoviándolo el dolor.

Todo para él aparece,
En su rabioso entusiasmo,
Una parodia, un sarcasmo,
Que le disputa su amor.

En el pabellon no turba
El silencio triste nada,
Y la esfera encapotada
De oscuras nubes está.

Y en ellas la tibia luna
Oculta su luz dudosa,
Y la noche tenebrosa
Frio y miedo infunde ya.

¡Pobre Eduardo! como plomo
Sobre tu pecho gravita,
Tu suerte infanda y maldita,
Tu horizonte sin color.

Dos sombras a tu existencia,

Ya tus recuerdos azotan,
Y con nubes encapotan
Tu porvenir sin amor.

Tu pasado y tu presente
Se estrellan contra una roca
Que hace tiras cuanto choca
Con ella. . . ;la realidad!

Tu porvenir a pedazos
A tus pies se desmorona,
Y se seca la corona
Que te brinda una beldad.

Desgraciado marinero,
Que sin brújula combates
Contra los fuertes embates
De las oleadas del mar:

Marchita flor a quien tilda,
La fiera y terrible mano
Del torbellino mundano
Con las manchas del penar:

Aprende a conocer qué es
Esto que mundo llamamos,
Cuando el umbral pisoteamos
De la puerta del dolor:

Instruido por la experiencia,
Tu conoceras entonces,
Que no se mueven sus gonces
Para el hombre *sin favor*.

Las rancias aristocracias,
De las discordias orijen,
Para ser feliz te exigen
Que ostentes algún blason.

Y desprecian al talento,
A tus heroicas acciones,
Y una vida sin borrones
La venden por un toison.

Tu sangre en muchos combates
 Derramastes con valor,
 Y sostubiste el honor
 De tu patria sin merced.

Y ¡ah! por un apellido
 Con que se firma un *cualquiera*,
 Te tienden ¡quien lo creyera!
 Una vergonzosa red.

Ya a tu marchita existencia,
 Carcomida, sin aurora,
 Una ilusion no colora
 De lo real al traves.

Y el viento de la desgracia,
 Cual a la débil veleta,
 A tu mente triste, inquieta,
 Cruel ajitas como ves.

Hora tras hora contempla
 Eduardo su suerte horrenda,
 Dando al llanto libre rienda,
 Sin amor ni porvenir.

Hora tras hora agonizan
 En su pecho las delicias,
 Que mujeriles caricias
 A él le hicieron concebir.

Y su pálido semblante,
 Su hueca y honda pupila
 Que amargo llanto destila,
 Clarísimas señas son,

De lo que padece el alma
 De un hombre que ya abandona
 Cuanta ilusion juguetona
 Le enjendrará una pasion.

Y tu, Elena, que inocente,
 Sobre tu lecho mullido
 Descansas, sin que en tu oido
 Zumbe de Eduardo la voz,

Duerme, paloma, esta noche,
 Que mañana al corazon
 Sombrearán con su crespon
 La desgracia y el dolor.

Mientras Eduardo cuitado
 En su sufrir ya fallece,
 A Elena dormida mece
 Un mentiroso placer.

Mientras el llanto de Eduardo
 Atiza su ardiente llama,
 Elena sueña en la cama....
 Lo que sueña una mujer.

Así pasaron la noche
 Los dos incautos galanes:
 El uno con sus afanes;
 Y la otra con su soñar.

Eduardo penas llorando,
 Sus ilusiones vomita,
 Mientras Elena dormita,
 Venturas riendo quizás.

.....

Apenas purpúrea aurora
 Tiñe del Andes la cresta
 Cuando ya de la floresta
 Va galopando al traves,
 Eduardo, en solicitud
 De una noble ejecutoria,
 Para superar la gloria
 De su rival el Marques.

(Continuará.)

nosotros. Enseñados a estimar las distancias y situaciones por el tacto y la vista, encontramos luego relaciones constantes entre ciertos modos particulares de las sensaciones auditivas y olfáctiles, y ciertas distancias y situaciones; de que resultó que aun privados de la asistencia de la vista y el tacto pudimos por medio de las unas estimar hasta cierto punto las otras. De esta manera las sensaciones del oído y del olfato se hicieron signos de cualidades visuales y táctiles que aquellos sentidos no pueden percibir por sí mismos.

Debemos pues distinguir en las sensaciones aposcópicas del oído y del olfato dos especies de juicios: unos constituyen la referencia objetiva esencial y primaria, y por medio de ellos nos representamos en los cuerpos visuales y táctiles cualidades rigurosamente auditivas u olfáctiles, de que la vista y el tacto no habrían podido darnos jamás la menor idea; mientras por medio de los otros nos representamos cualidades visuales y táctiles, de manera que las percepciones del oído y el olfato se hacen con este auxilio significativas y adivinatoras de las percepciones de la vista y del tacto. A los primeros llamamos *juicios primarios*, y a los segundos, *secundarios*.

(Terminará este artículo en el siguiente número.)

LEYENDA CHILENA.

ELENA Y EDUARDO.

DOMESTICA FACTA.
Hor.

[Continuacion.]

III.

Apenas las diez serian
De la mañana siguiente

Quando la madre impaciente
De contestar una vez
A su Elena hizo llamar
Con secreto a su retrete,
Para mostrarle el billete
Que recibió del Marques.

El modo tan cortesano,
Los cariños tan postizos,
Con que alabó sus hechizos
Su madre en esta ocasion,
La dieron a sospechar
A su hija que algun secreto
De que ella fuese el objeto
Ajitaba su razon.

—“Sin emplear un circumloquio,
“Comenzó la adusta tía,
“Voi a decirte, hija mia,
“El asunto del coloquio.

“Clara y sencilla es la cosa;
“Antes que a la guerra parta
“Ortiz, en aquesta carta,
“Te pide a tí por esposa.”

Un hondo suspiro fué,
La respuesta que al momento
La dió Elena, y se lee
En su frente un pensamiento,

Terrible, que en vano oculta,
Que su mirar cristalino
Revela que su destino
Para siempre se sepulta.

¡Esposa de otro! Esta idea
Para Elena ha sido como
Una lágrima de plomo
Que su pecho agujerea.

Esta palabra de horror
 Para Elena que a otro quiere,
 Zumbando en su oído muere
 Con su sonido su amor.

—“Madre mía, prefiriera,
 Si la suerte no me abate. . . .
 —El solemne disparate
 De quedar siempre soltera!”

Dijo mirando la tía
 Con un enojado ceño,
 A su hija que no sabía
 Si era esto verdad o sueño.

“Hija mía, preciso es,
 “Si el deshonor tu no quieres,
 “Que esta noche entre placeres,
 “Tu mano des al Marques.

“Porque a ese hombre a quien tienes
 “Tanto odio, sin causa alguna,
 “El tribunal mi fortuna
 “Ha adjudicado y mis bienes.

“Ese hombre a quien yo disputo
 “Tantos años mi derecho,
 “Hace dos meses se ha hecho
 “De ellos dueño absoluto;

“Mira pues, hija querida,
 “Si determinas casarte,
 “O infamar en toda parte
 “Esta miserable vida.”

“¡O madre mía, por Dios!
 “Ved que de ese modo haceis
 “La infelicidad de dos,
 “A quienes mucho quereis.

“Sabes que Eduardo, señora,
 “Por quien mi pecho palpita,

“Para vivir necesita
 “Verme siempre, a toda hora.

“Sabeis que el ángel guardian
 “De mi razon es Eduardo,
 “Que su semblante gallardo
 “Es mi único talisman.

“Sabeis que con su presencia
 “De mi pecho ha desterrado
 “Cuanto lúgubre nublado
 “Entoldaba mi existencia.

“El, señora, concebir,
 “Ha hecho en mi corazon,
 “La idea de una ilusion
 “De un amor de un porvenir.

“El con sus sueños dorados
 “Ha hecho bellas y puras,
 “Mis noches antes oscuras,
 “Mis dias antes nublados.

“¿Sabeis que a tanto favor
 Ser ingrata es ser ruín?
 “¿Sabeis, madre mia, enfin
 “Qué le he jurado mi amor?

—“Y yo, señorita, sé,
 “Que una hija tan solamente
 “Debe ser obediente,
 “Mostrando en su madre fé.

“Para acabar de una vez. . . .
 “En esta noche es forzoso
 “Que sea tu único esposo
 “El ante dicho Marques.”

.....

 No distante del Andes se divisa
 Un solitario y lindo pabellon

Por álamos rodeado, que la brisa
Mantiene en dulce y suave ondulacion.

En esta silenciosa y triste gruta
Vivia Elena lejos del placer,
En la soledad mas triste y absoluta
Que el misántropa puede apetecer.

Del mundano bullicio retirada
Pensaba su existencia aqui acabar,
Sin arrojar siquiera una mirada
Aun mas allá de su campestre hogar.

Vivia Elena al lado de su madre
Sin conocer mas mundo que el amor,
Y sin que nunca al corazon taladre
Un pensamiento triste, ni un dolor.

Diez y siete veranos bien no cuenta
Su peregrina y juvenil beldad,
Y ya con mil nublados se presenta.
A sus ojos la triste realidad.

Y dia y noche sin cesar la ajita
Una cruel pesadumbre y un dolor,
Que su semblante palido marchita
Y la llena de espanto y de terror.

En tejer para Eduardo una guirnalda
Ella ocupada inútilmente está,
De laureles formada que en su falda
Unos con otros enredando vá.

¡Cuan alegre el corazon le bate
Al meditar que Eduardo vencedor,
Ha de volver al cabo del combate
A recibir el premio de su amor!

Pero tambien se acuerda ¡desgraciada!
Que élla va a ser la esposa del Marques,
Y suspirando entonces se anonada,
Y arroja las coronas a sus pies.

Esta idea terrible martiriza
A su mústio y sencillo corazon,
Y de élla se despide y agoniza
Todo vital placer, toda ilusion.

En la noche y el dia, a toda hora,
Ajitada se sienta en el jardin,
Y al meditar en su desgracia, llora
Recordando a su joven paladin.

Si fija alguna vez en su delirio
Sus ojos en el terso pabellon
De los cielos, se aumenta su martirio
Y su *vendrá* se cubre de un crespon.

¡Cuanto pesan las horas sobre Elena!
¡Cuan fastidiada está de su vivir!
Ya a la tierra su vida no encadena
Una ilusion, placer o porvenir.

Y entretanto la campiña
De su verdor se despoja,
Y comienza, hoja por hoja.
A marchitarse la flor.
Del verdinegro ropaje
El álamo se desnuda
Y la floresta se muda
En un yermo sin color.

Ya al amanecer la aurora
En el campo solitario
No se escucha del canario
El dulcísimo trinar,
Ni al jílguero ni a la diuca.
Con un melodioso trino
Al planeta matutino
Se les oye saludar.

El Marques enfin cansado
De tanto aguardar la boda,

Con la tía se acomoda
Para hacerla de una vez.
Y sin aparato alguno,
De Santa Rosa en la villa.
En una humilde capilla
Elena se unió al Marques.

¡Pobre Elena! Cuán distinta
De la que a veces solía
Ostentar en su alegría
Una risa celestial.

Ya solo llanto destilan
Sus ojos, y su semblante,
Antes puro y rozagante
Un color tiene mortal.

En vano sus labios finjen
De los placeres en medio
Alegria, solo tedio
Existe en su corazon.

En vano quiere alejar
A Eduardo de su memoria,
Que presente con su gloria
Le tiene en toda ocasion.

Ese mundo que en su infancia
Delinēaba en sus sueños
Con colores tan risueños,
Es ahora un atahud,

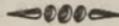
Para su alma dolorida
Que en su dolor se consume,
Y en su vivir el perfume
No aspira de juventud.

En esa esfera celeste,
Como cristal tersa y pura,

Un remedio a su tristura
No puede Elena encontrar;
Que su pecho no cobija
Una risueña esperanza,
Con que el corazon alcanza
Otro mundo a divisar.

Paso a paso van las horas
Para la infeliz Elena,
Y gota a gota su pena
Destila en su corazon,
Pues un obscuro nublado
Entolda con su vestido
Su cielo azul, donde el nido
Estaba de su ilusion.

(Continuará.)



EL ABATE MOLINA.

Quando los dias de grandes conmociones civiles han pasado, cuando los pueblos comienzan a cimentarse en los principios del orden y de la estabilidad social, cuando la lucha de las ideas cesa para dar paso al progreso y la civilizacion, entōnces la sociedad mira al pasado, admira y venera en él grandes acontecimientos, saca a luz hechos que han tenido grande influencia en su adelanto, nombres brillantes que el nublado de la revolucion ocultaba tras de sí, y que solo en la calma se les ve radiar y arrebatar las miradas del mundo. Así el período de nuestra revolucion es fecundo en hechos gloriosos; y cada acontecimiento grande de nuestro suelo ha producido un hombre que le distingue, que es su representante, el punto a que se han venido a concentrar todas las ideas y principios que entōnces predominaban. Los héroes de la independencia chilena reasumen toda la revolucion con sus tendencias, su espíritu y sus consecuencias posteriores. Solo estudiando su vida, siguiendo su carrera en esas épocas azarosas se viene en conocimiento de grandes

LEYENDA CHILENA.

ELENA Y EDUARDO.

DOMESTICA FACTA.

Hor.

[Continuacion.]

V.

De una tarde de febrero
 Serian las tres recién,
 Y ansioso en pabellon
 En que habitaba el Marques,
 Hai un inmenso jentio
 Que aguarda solo el placer.
 Si se juzga por los motes
 Gravados en el arnés
 De los convidados, deben
 Españoles todos ser.
 En la pieza se divisan
 Pocos de elevado prez,
 Y uno que otro solamente
 De regular parecer.
 Quien tiene mejor presencia
 El dueño de la casa es,
 Y por lo que antes dijimos
 Podra el lector conocer,
 Que no es de lo mas airosa
 La facha del buen Marques:
 Pues los años no han dejado
 Al resbalar por su tez,
 De regalarle de paso
 Alguna débil merced.
 Mientras se llega la hora
 De comenzar a comer,
 Unos se divierten quietos,
 Mientras conversa el Marques,
 Con las damas, con el naípe,
 Y otros con el ajedrez.
 En un rincon de la pieza
 Mústio se encuentra tambien,

Un militar que con otro
 Amigo parece ser.
 Es gallarda su presencia,
 Modesto su parecer,
 Sombreado por un bigote
 Y una barba espesa a fé.
 La divisa que en sus armas
 Esculpida tiene, no es
 Como las que en las casacas
 De los restantes se ven.
 Para evitar digresiones,
 Para acabar de una vez,
 Don Eduardo es el soldado
 Chileno que allí se vé.
 Llegado de Chacabuco
 Solo en la tarde de ayer,
 Se presenta victorioso
 Con un miliciano tren.
 Dos charreteras que lleva
 Sobre sus hombros, mui bien
 A los ojos del curioso
 Demuestra que es coronel.
 Refléjase en su semblante
 De tristeza un no sé qué,
 Que hace titubear si a Eduardo
 Le produce algun placer,
 Esta fiesta que prepara
 En su mansion el Marques
 De todos modos se puede
 Por su jesto conocer,
 Que está echando de ménos
 Una cosa de interes,

Que ver el pobre creyó
En medio de esta *soirée*.

Elena!—la compañera
De su dichosa niñez,
La persona es que hace falta
Al valiente coronel.
Distante de él—en la villa—
Está morando hace un mes,
Por mandato de su esposo
Que ausente la quiere ver.

En un hermoso retrete,
Hijo del siglo pasado,
Por un soberbio tapete
De color verde alfombrado,
Es el lugar do el banquete
El Marques ha colocado,
Y do sin pesar su suerte
Su comparsa se divierte.

Célebre en verdad y linda
Es esta escena que pinto:
Ver que cada godo brinda
Por un objeto distinto,
Sin que ninguno precinda
En tan hondo laberinto
De alabar la causa Hesperia
Para risa da materia.

En viéndose reunidos
Españoles o franceses,
Han de perder los sentidos,
Han de acacer reveses:
Porque bajo sus vestidos
De condes o de marqueses,
A pesar de sus efectos,
Al vino son mui afectos.

Mientras riendo beben todos,
Eduardo contempla absorto
La sobriedad de los godos
Que enun espacio tan corto,

Sin dar muestras de beodos,
Cuanta botella de *Oporto*
En la mesa se veía,
Dejado habian vacía.

El Marques es un portento,
No deja pasar minuto,
Sin brindar desde su asiento
Por el monarca absoluto,
Que se ha granjeado contento
Con el célebre estatuto,
Que prescribe a sus leiones
Sangre y fuego(a) en sus acciones.

„Ya veremos, él decia,
„Se juzgan que es un modelo
„De su gran sabiduria
„Esa cédula, y recelo
„Que llegará pronto el dia
„En que veamos por el suelo,
„Esta faccion que colérica,
„Quiere libertar la América.

„Entonces sí, camaradas,
„Vendrá el tiempo; ¡vive Cristo,!
„De probar con las espadas,
„Y de esto yo no desisto,
„Que porcion de hojas doradas,
„Y cuanto de nunca visto
„La España en el libro encierra
„Del destino de la tierra.“

El Marques proferia esto
Con tal aire de sarcasmo,
Con tal semblante y tal jesto,
Que contra el fuerte entusiasmo
De Eduardo era un denuesto,
El cual viendo con pasmo—
Cual era su fin y objeto,
Le dice con aire inquieto:

—„¿Qué pretendéis caballero,

(a) Palabras de la cédula de 2 de Marzo. ;

„ Con eso significarme? “

„ — Que del chileno el acero

„ No vale ni aun un adarme

„ Contra un valiente guerrero,

„ Contra un español jendarme “

Dijo el Marques del asiento

Alzándose turbulento.

Frunció de un modo las cejas

Nuestro coronel, que al punto

Hizo parar las orejas

De todos en el asunto.

— „ Que aqueeso diran las viejas,

„ Dijo Eduardo, ya barrunto;

„ Pero en Chile es diferente

„ Lo que de godos se siente.

„ Aunque orgullosa tremola

„ En todas partes triunfante

„ Esa bandera española,

„ Que tres siglos ondulante

„ Sebre América, la asola;

„ De su patria agonizante

„ Esperan muchos patriotas

„ Dejar las cadenas rotas.

„ Creen que si con la gloria,

„ De sus gallardas acciones,

„ De esa numerosa escoria

„ De tiranos infanzones,

„ Que tildan con su memoria

„ A la patria de borrones,

„ No dejan en Chile rastros,

„ Subirán hasta los astros.”

„ — Se conoce que en vos late

„ Un corazon juvenil;

„ Que apenas en un combate

„ Habeis oido el fusil:

„ Piensan un gran disparate

„ ¡ Por el chico Boabdil !

„ Esos visos Chilenos

„ De vanos proyectos llenos.

„ ¿ Quien a la nacion que un dia

„ Su noble valor mediante

„ Al rei Francisco en Pavía

„ Le pisoteara arrogante,

„ Se atreve con osadía

„ A despreciar su brillante

„ Fama, sino una manada

„ De facciosos destrozada? ”

— „ Son distintos caballeros,

„ Promedia mucha distancia,

„ Entre esos nobles guerreros

„ Que a Francisco rei de Francia

„ En Pavía hundieran fieros,

„ Hollando asi su arrogancia,

„ Y los que de luto y duelo

„ Cubren hoi el patrio suelo.

„ Ya las feraces florestas

„ Cuya vista señoréa

„ Con sus encumbradas crestas

„ El alto Andes, de las fiestas

„ Entre su inmunda ralea

„ Cuyos derechos contestas,

„ Y los valientes chilenos,

„ Fueron testigos serenos.

„ Señor Marques! me da grima

„ Que no sepais insolente,

„ Cuanto el chileno que anima

„ Corazon independiente,

„ Vuestro valor desestima,

„ Vuestra temeraria jente,

„ Y vuestras lejiones godas,

„ Cobardes insignes todas.”

— „ ¡ Insolente! — Tengo a mengua

„ Tomar de mi espada el puño,

„ Para anudaros la lengua,

„ Coronel de nuevo cuño!”

„ — Y yo ¡ vive Dios! Marques,

„ A no ser vos un anciano,
 „ Con vuestro título vano
 „ Os tuviera ya a mis pies.”

— „ Acabemos pues por Dios!

„ ¿Sabeis manejar la espada?

— „ Y dar segura estocada

„ A un menguado como vos.”

— „ Mas que deciros no tengo

„ El duelo será a las siete.”

— „ En en suciar mi florete

„ En vuestra sangre convengo.”

Y esto profiriendo Eduardo
 Del convite se ausentó,
 Dejando a los convidados
 Cuchicheando en baja voz.
 En vano el Marques simula
 Pasajera la impresion,
 Que en su mente han producido
 Los insultos que sufrió.
 Conmovido su semblante,
 Demudado su color,
 Quiere aparentar sosiego
 Adentro del corazon.
 Pero es inútil su empeño,
 Porque todo su exterior
 Demuestra que meditando
 Está en lo que acaeció.
 Satisfechos ya los huéspedes
 Se alejan del comedor,
 Y despues que en el jardin
 Tomando café los vió,
 El Marques meditabundo
 En el reto en que su honor
 Está cifrado, máquina
 De fiesta la conclusion.
 Ver determina a Elena,
 Y reposando en su amor,
 Antes de partir pedirle
 Por su culpa su perdon.
 Y que está enfermo aparenta

De romadizo o de toz,
 Que recojerse temprano
 El médico le mandó.

Los convidados sospechan

La mudanza de su humor

Y en retirarse convienen

Cada cual a su mansion.

Mientras esto se ejecuta

El dia se oscureció

Y trémulas ya titilan

Enel azul pabellon

Las estrellas, y la luna

Con su plateado color

En su curso va lamiendo

A la azulada rejion.

De Santa Rosa en la plaza

Hai un grande caseron,

A cuya puerta agoniza

Un reberbero o farol.

Por la ventana que mira

A la calle, que estan dos

Conversando se divisa

Con interes y calor.

Otra persona impasible

Se mantiene en un rincon,

Con un rosario en la mano

Orando con gran fervor.

Mientras está embebecida

En su santa ocupacion

Su conferencia animada

Prosiguen los otros dos.

Y mientras que firme el uno

Se mantiene en su opinion,

Y la otra llorosa ruega

Sincera invocando a Dios,

Que crea que es verdadera

En todo su confesion,

A la puerta se desmonta

Y se introduce veloz,

Un jinete que sorprende

Con su llegada a las dos.

Embozado se entromete

El incógnito milord,

Y diciendo—*Deo gratias*,
 En el sofá se sentó.
 --„¿Quién sois? preguntó el joven
 „ Responded, pronto, señor.”
 —„ Un hombre que solicita
 „ Para hablar vuestro perdon.”
 El otro que ya tenia
 La mano en la guarnicion
 De su espada—„ necesito,
 „ Dice, conoceros yo.”
 --„Circunstancias de que en breve
 „ Os haré larga mencion,
 „ Me prohiben caballero
 „ Haceros este favor.”
 —„Un hombre a cuya conducta
 „ No mancha ningun borron,
 „ No necesita disfraces”
 Enojado contestó.
 Y desnudando su espada,
 Poniéndose de planton,
 —„ Descubríos dice al punto
 „ Señor galan, ¡ vive Dios!”
 —„ Antes que el alma vomite
 „ No me descubro señor!”
 Y tomando sus sombreros;
 Y profiriendo un adios,
 Se alejaron los campeones,
 Cruzando a paso veloz,
 La plaza en que derramaba
 Su debil luz el farol.

.....
 La beata quedó muda,
 La niña se desmayó,
 Y en un profundo silencio
 Que infunde grande terror,
 Al cabo de corto rato
 La villa se sumerjió.

VI

De Santa Rosa distante
 Tres leguas o dos no mas,
 De peña en peña derumba
 Un rio su gran caudal.

Su agua lame bulliciosa
 Peñascos grandes a saz,
 Que por la orilla del rio
 Diseminados están.
 Cristalina es su corriente
 Ribeteada aqui y allá
 Por las flores que zahuman
 Con su perfume el lugar.
 Bandadas grandes de taguas,
 Si el sol en oriente está,
 Vienen su negro plumaje
 En sus aguas a bañar.
 Este sitio fué la escena
 Del desafío fatal,
 Yaquí vinieron sus armas
 Los campeones a chocar.
 Mui grande rato ostentaron
 Su destreza casi igual,
 Sin que de los dos ninguno
 Pudiese al otro pinchar.
 Al Marques mas ¡avezado,
 Aun que debíl por su edad,
 Le tocó en suerte ¡desgracia!
 Traspasar a su rival.
 De su tizona introduce
 Uua grande cantidad
 En el corazon de Eduardo,
 Ya su influjo a exhalar
 Comienza el coronel la alma
 Por la herida ya mortal.
 Con esfuerzos mil pretende
 Sostenerse el militar,
 Pero ¡ inútil es su empeño!
 Las fuerzas le faltan ya.

Silenciosa fué la escena
 Que despues allí pasó:
 El Marqués, desencajados
 Sus ojos con su furor,
 De hito en hito contempla
 Con un semblante feroz,
 Las convulsiones de Eduardo

Causadas por el dolor.
 Eduardo descolorido
 Diciendo al mundo está ¡adios!
 Su corazón que ya apenas
 Da alguna palpitación,
 Es un campo de batalla,
 Una palestra de horror,
 Dó la muerte con la vida
 Disputan la posesión
 De una flor que marchitada
 El vendabal sacudió,
 De una aurora cuya tinta,
 Ya débil y sin fulgor,
 La tempestuosa desgracia
 Con sus nubes empañó.

VII

.....

 La noche está silenciosa,
 No muje ni el aquilon:
 Y se ostenta majestuosa
 Brillando la luna hermosa
 Del cielo en el pabellon.

Las suaves flores oréan
 Con su olor la aurora sutil;
 Los álamos que rodéan
 A Santa Rosa menean
 Su córola juvenil.

De la iglesia el esquilon
 Las ocho anuncia, y se ajita
 Con su sordo y ronco son
 Por la ciudad que dormita
 Provocando su atención.

Inquieto y vago el sonido
 Vibra en el aire zumbando;
 Y su golpe va marcando
 Con su lúgubre tañido

El tiempo que va pasando.

Elena desconsolada
 En su cuarto está velando
 Y en su oración se anonada
 La miseria contemplando
 De aquesta tierra—su nada.

Antes de dormirse adora
 El recuerdo sacrosanto,
 La imagen encantadora
 De la Virgen, y la implora
 La compasión con su llanto.

¡ Pobre fler que solitaria
 Te despid s de la vida !
 Este son es la plegaria,
 La súplica funeraria
 Quea la eternidad convida.

El son monotono, inquieto,
 Que te envia esa campana,
 Será la pompa liviana
 Que pagará a tu esqueleto
 El vano mundo mañana.

En vano la humana mente
 Con mil ilusiones borda
 La imagen de lo presente,
 Y al pasado y vendrá sorda
 Los placeres solo siente;

Ese sonido revela
 Al hombre la eternidad,
 Es un ronco centinela
 Que pregona a la ciudad
 ¡ Cuan veloz el tiempo vuela!

Esas lágrimas que brota
 Tu párpado de coral,
 Esaplegaria devota
 Que tus sentidos embota,
 Las merece ¿ qué mortal ?

¿Por qué mustio mirabel
No surjes con alegría
El mundo; y en su berjel
Aspiras tú su ambrosia,
Te vistes de su oropel?

¡El padecer te aniquila!
En tu frente de zafir
Una esperanza no oscila,
Y en tu lánguida pupila
Se refleja tu sufrir.

¿Por qué a tu pecho no inflama
Del amor el suave aroma?
Por qué en ese panorama
A que el hombre vida llama
Papal tu mente no toma?

Eres marchitada acacia
Que sobre una tumba creces
Para llorar la desgracia:
Eres flor sin vigor, lacia,
Que apuras solo las heces

Del mundo, cuyo baiben
Extermina con su ola
La juvenil auréola
Que brilla sobre su sien,
Que tu beldad arrebola.

Anjel eres que atraviesas
Un cáos de oscuridad
Dándole luz tu beldad
—Del porvenir las pavesas
Atiza la realidad.

Eres diamante incrustado
En el anillo del mal,
Eres mágico cristal
Que deja ver reflejado
Otro mundo celestial.

Lampo eres que está brillando

Del mundo por una grieta,
Cuya luz trémula, inquieta,
Al hombre está revelando
Otra rejion mas completa.

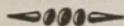
.....
.....
No bien su rezo acabado
Había la triste Elena,
Cuando asustada divisa
En el umbral de la puerta
Al Marques que la avisoraba
Con faz adusta y serena.
Nunca la habia soñado
Mas bonita ni mas bella
Con su rosado semblante
Y flotante cabellera.
Sin decirle alguna cosa
Se acomodó cerca de ella,
Sentándose con reposo
En una blanda silleta.
En su rostro se leía
Al resplandor de la vela
Del semblante la expresion
De un hombre que mucho piensa.
—„ Señor! . . . venis ajitado . . .
¿Os hago traer la cena?“
—„No: solamente deseo
Que me traigais la botella
De ese vino que pusisteis
El otro dia en la mesa,“
Dijo el Marques sacudiendo
Suavemente la cabeza.
Partió Elena a buscar
Para el Marques la botella;
Y mientras que de su cuarto
Por esta razon se ausenta,
Un frasco sacó al instante
Ortiz de la faltriquiera,
Y vació su contenido
En una copa pequeña.
A poco rato despues
Estuvo Elena de vuelta,
E inocente derramando

El vino de la botella
 En la copa que el Marques
 Colocó sobre la mesa,
 A su esposo le suplica
 Que a su salud se la beba.
 El Marques mojó sus labios
 En la superficie de ella,
 Brindando por la salud
 De Elena, que no sospecha
 Que dentro de aquella copa
 Una bebida hai funesta.
 —, „ Ahora, Elena que a vos
 „ Os toca brindar, quisiera
 „ Que brindaseis por Eduardo, ”
 El Marques dijo con flemma.
 Elena sin desconfianza,
 Inclinando la cabeza,
 Apuró toda la copa,
 Mientras el Marques la observa
 Con un indecible gozo,
 Con una infernal manera
 —, „ Os habeis apresurado
 „ Mucho a brindar, ni siquiera
 „ Me habeis dejado añadir
 „ Al brindis una advertencia,
 „ Y es que el Supremo del alma
 „ De Eduardo compasion tenga.
 —, „ ¡ Que decis? ” exclamó al punto

Empalideciendo Elena.
 —, „ Digo, respondió el Marques,
 „ Que con esta espada mesma
 „ He hecho que vuestro primo
 „ Bese exánime la tierra.
 „ Vencedor en Chacabuco,
 „ En el Roble y Yervas Buenas,
 „ He pisoteado yo mismo
 „ Sus novicias charreteras.
 „ No es verdad que no pensabas
 „ Que mi cana cabellera,
 „ Ocultase tanta rabia,
 „ Tanto frenesí? — ¡ Coqueta!
 „ Juzgad ahora señora
 „ Si podré tener clemencia
 „ Con una mujer a quien puedo
 „ Con mi aliento, si quisiera,
 „ Hacerla tiras yo mismo.
 ¡, „ De rodillas pues Elena!
 Y esto el Marques diciendo
 Fiero en postrarla forceja,
 Asiéndola de los brazos,
 Sacudiéndola con fuerza,

.....

(Concluirá.)



Origen de la Epopeya Romancesca.

Articulo segundo.

Influencia de la Poesía Jermánica en el Romance.

Yo tengo por mui probable la opinion de aque-